

ORÍGENES HISTÓRICOS Y DETERMINANTES DE LA ACTITUD FRANCESA HACIA LA ESPAÑA DE 1936

Jean-Marc Delaunay
Universidad de París I

Concebido como una conferencia desarrollada en público, este artículo es más una reflexión que el fruto de una investigación erudita sobre un tema que marca la historia de las relaciones franco-españolas¹. ¿Por qué no apoyó Francia de forma activa a la República Española en julio de 1936?

En un coloquio reciente en Béziers, donde se me pedía que hablara de la importancia de España en la vida política francesa a lo largo del siglo veinte, me vi obligado a admitir que solamente cuatro países han jugado un papel importante en la política francesa y en las preocupaciones de sus habitantes. Esos cuatro «grandes» son: Gran Bretaña, Alemania, la Rusia de antes de 1914, y después los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, tras el fin de la primera guerra mundial. En distinta medida, todos estos países han estado implicados, y siguen estándolo, en el destino supremo de nuestro país, es decir, en su supervivencia. Tras los «grandes», yo establecería una segunda categoría, la de los países «ocasionales», por haber sido importantes para Francia en determinados momentos. En mi opinión, Italia, Japón, China, Israel y España pertenecerían a dicha categoría². Los de-

¹ *La Deuxième République et la France durant la guerre civile 1936-1939*, con la participación de Manuel Tuñón de Lara y de Ricardo Miralles, mesa redonda. Collège d'Espagne, París, 16-12-1993.

² Jean Marc DELAUNAY, «L'Espagne dans la politique générale française au XX^e siècle», *Image et influences de l'Espagne dans la France contemporaine*, (coloquio de Béziers, 5-6-1993), Béziers-Perpignan, 1994, pp. 34-35.

más países han sido y siguen siendo menos importantes, aunque ciertas zonas —como por ejemplo África, en principio «descolonizada»— pueden conservar el ambiguo status de «cotos reservados» de la presencia francesa, sin que pueda asegurarse que su futuro interese mucho a los propios franceses, salvo los sucesos dramáticos que allí puedan producirse, para luego volver al olvido general. En los años treinta, el Imperio colonial era el más claro símbolo de la posición de Francia en el mundo.

Hay que reconocer que España ha sido en muy raras ocasiones el centro de las preocupaciones francesas del primer tercio del siglo xx. La cuestión de Marruecos fue seguida sin demasiado interés por la opinión pública, salvo en las dos crisis anteriores a la guerra, en 1905 y 1911, en las que el reino español apareció como simple comparsa en el gran enfrentamiento con Alemania³. De 1924 a 1926, en la fase final de la guerra del Rif, la militancia del joven partido comunista francés no logró realmente sacar al país de su indiferencia, a pesar de la vehemencia de un anticolonialismo fuertemente teledigirido. Las manifestaciones y tomas de postura quedaron circunscritas a pequeños círculos, en los que los reglamentos políticos hispano-franceses eclipsaron casi totalmente el impacto de una colaboración militar ya indispensable⁴.

Por contra, la guerra civil española parece haber dejado una profunda huella en la conciencia de los franceses de los años treinta. Dicha guerra fue una excepción, por ser el espejo de la sociedad y la diplomacia francesas. La historiografía, partidista o científica, refleja este interés manifiesto, que se extiende a la segunda guerra mundial, de la que algunos piensan que tuvo su ensayo general en la península ibérica.⁵ Sin

³ Sin razón, como intentaré demostrar en mi tesis de Estado, en curso de redacción, *Cordiale méfiance. Les relations franco-espagnoles dans le premier quart du xx^e siècle, 1898-1923*, Université Paris-1 (dir. J.-B. DUROSELLE).

⁴ Un estudio serio sobre las relaciones franco-españolas del período 1921-1927, en torno a la guerra del Rif, fue emprendido por nuestro colega de Rabat, Germain Ayache, hoy fallecido. Los capítulos se encuentran ya redactados, aunque parecen existir ciertos problemas que impiden su publicación. Existen muy pocos trabajos que puedan cubrir esta grave laguna. Citemos en particular las contribuciones al coloquio *Abdelkrim et la république du Rif*, París, 1973, pp. 173-366, y la intervención de G. Ayache en el coloquio de Madrid de 1982, *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo xx*, pp. 287-302, aquejada de una ausencia total de notas científicas, probablemente en espera de la conclusión del mencionado estudio. El libro del ayudante de Pétain, teniente coronel LAURE, *La victoire franco-espagnole dans le Rif*, París, 1927, debe leerse con precaución.

⁵ Emile TÉMIME, «La guerre commence à Madrid», *L'histoire*, n.º 58, julio-agosto 1983, pp. 96-103. Del mismo autor, *1936 La guerre d'Espagne commence*, Bruselas, 1986, 156 pp. Así mismo Hugh THOMAS, *La guerre d'Espagne*, París, 1985, p. 359, habla de «guerra mundial

embargo, en estos estudios sobre la guerra civil española se han falseado numerosos análisis y es preciso que *revisemos* —en el más estricto sentido de la palabra— nuestro planteamiento de la actitud francesa.

1. La impotencia francesa

La derrota de 1940 —el mayor revulsivo de la conciencia nacional francesa—, con sus trágicas consecuencias, requiere el análisis de sus causas. Jean-Baptiste Duroselle titula su libro sobre la política exterior francesa de los años 1932 a 1939, «La decadence»⁶. No se puede ser más claro. La guerra civil española fue uno de los elementos de esta marcha ciega hacia la derrota. De hecho, en Julio de 1936, la decadencia de Francia estaba ya muy avanzada como veremos después. En la obra colectiva de Jean-Claude Allain sobre la potencia media, la decadencia francesa en el siglo xx se pone de manifiesto en toda su magnitud a largo plazo⁷. De la gran potencia de 1914 a la potencia nuclear media de hoy, ha habido una lenta caída en la que el crac de comienzos de los años treinta, a pesar de la celebración del apogeo colonial, pone de manifiesto el declive imperceptible pero real del país en una situación de crisis generalizada⁸.

En primer lugar, la crisis política. La inestabilidad del poder ejecutivo fue sin duda una característica de la tercera república, pero la clase dirigente no tenía las cualidades de carácter de la generación precedente, cuyas principales figuras desaparecieron entre 1929 y 1934⁹. La pálida figura del presidente de la República, Albert Lebrun, fue el símbolo de una incompetencia generalizada¹⁰. Además, los acontecimientos de febrero de

en miniatura»... Los acontecimientos posteriores —empezando con el pacto germano-soviético— muestran que la política de fuerza, capaz de consolidar los regímenes políticos, determina la acción de los países «grandes» de Europa y Asia, en detrimento de las afinidades ideológicas.

⁶ Jean Baptiste DUROSELLE, *La décadence 1932-1939*, París, 1979, 569 pp. Al contrario que las dos partes siguientes, esta primera parte sobre la decadencia francesa de los años treinta fue evocada muy brevemente en mi charla del 16 de diciembre de 1993.

⁷ Jean-Claude ALLAIN (dirección), *La moyenne puissance au xx^e siècle*, París, 1988.

⁸ La mayor extensión del imperio colonial francés —efectivamente ocupado— abarca desde 1934 (últimas operaciones de pacificación de Marruecos y del Sahara Occidental) hasta 1939 (devolución del *sandjak* de Alexandrette a Turquía).

⁹ Los fallecimientos de Clémenceau y Loubet en 1929, de Fallières en 1931, de Briand en 1932, de Poincaré en 1934, y los asesinos de Doumer en 1932 y de Barthou en 1934. Solamente Millerand y Caillaux, presidentes del Consejo antes de 1914, sobrevivieron hasta 1943 y 1944 respectivamente, pero quedaron marginados en los años treinta.

¹⁰ Sobre la mediocridad de la clase política francesa de los años treinta, J-B. DUROSELLE, *La décadence*, obra ya citada, pp. 15-17 y 20-26. De enero de 1932 a julio de 1936, nueve ga-

1934, en un ambiente de antiparlamentarismo y corrupción, acentuaron la división de la opinión pública francesa en dos grupos difícilmente reconciliables. Tras la victoria del Frente popular, dos manifestaciones, una de derechas y otra de izquierdas, tomaban las avenidas de París el 14 de julio de 1936. El país, mal gobernado, no destacaba por su unidad.

En segundo lugar, la crisis económica. Importada de los países anglosajones, azotó a Francia más tarde que a otros países, pero fue tenaz. Los primeros indicios del empeoramiento de la situación económica y social se dejaron sentir entre 1931 y 1932, como consecuencia de la devaluación de la libra esterlina, pero en ciertos sectores la crisis se remontaba a 1929 —antes del crac de la bolsa de Wall Street— y a 1927 en el caso de las exportaciones. El déficit presupuestario, unido al dogmático rechazo de la devaluación, se convertiría en la norma, obligando a las autoridades a hacer fuertes recortes en el gasto público, siempre insuficientes para restablecer el equilibrio presupuestario y perjudiciales para una gestión dinámica del gasto público¹¹. Entre 1929 (índice 100) y 1935 (índice 90), la producción industrial global se redujo un 10%. La fuerte crisis financiera de 1935-1936 había reducido peligrosamente las reservas de oro del Banco de Francia y la sobrevaloración del franco era insostenible. Las prestaciones a los parados eran una carga cada vez más pesada para las finanzas del Estado. El número de parados, menos de 100.000 a finales de 1929, se elevaba a más de un millón seis años más tarde. Aparte de la miseria humana, el aumento del paro engendró múltiples fenómenos de crispación y tensión: el proteccionismo, la xenofobia, los egoísmos corporativos e individuales. Se pidió a los emigrantes que volvieran a su país de origen y se incitó a la mujer francesa a permanecer en el hogar¹².

En estas condiciones, una verdadera crisis moral afectaría a Francia a lo largo de toda la década. El envejecimiento y el desencanto de la población fueron el origen de las ideologías más extremistas, relativamente limitadas hasta entonces por la prosperidad de los años veinte.

binetes en quince combinaciones, es decir, una duración media de existencia ministerial de 183 días (6 meses).

¹¹ Alfred SAUVY, *Histoire économique de la France entre les deux guerres*, 2^e éd., París, 1984, vol. 1, pp. 90-230. Dominique BORNE y Henri DUBIEF, *La crise des années 30. 1929-1938*, París, 1989, pp. 20-37.

¹² Jean-Charles BONNET, *Les pouvoirs publics français et l'immigration dans l'entre-deux-guerres*, Lyon, 1976, pp. 187-312, Ralph SCHOR, *L'opinion française et les étrangers 1919-1939*, París, 1985, pp. 547-652. Del mismo autor, «Le parti communiste et les immigrés» (1932-1936), *L'Histoire*, n.º 35, pp. 83-85, y «La question immigré (1919-1939)», *ibidem*, n.º 111, pp. 86-89, así como Joseph ROVAN, «Des Français contre les immigrés», *ibidem*, n.º 57, pp. 6-17.

Al dinamismo de las juventudes de los países totalitarios, se oponía la decadencia de la población francesa, duramente golpeada por los desastres del relevo generacional. Un malthusianismo difuso, desconfiado por naturaleza, se propagó por los círculos más diversos. Cierta es que las canciones, los merenderos, el cine sonoro, el deporte... y el alcohol hacían olvidar un futuro poco prometedor. Una felicidad fría, incluso inquieta, un pesimismo latente, la huida hacia el sueño para escapar del presente, todas ellas actitudes de rechazo de las realidades que importaban, las del exterior. En definitiva, «pan, sangre y sueños»¹³ ...¿Quién había leído el *Mein Kampf*? El pacifismo integral, relativamente limitado hasta 1934, fecha del fracaso de la conferencia sobre el desarme, se convertiría en un auténtico maremoto¹⁴.

¿Crisis militar? Animados por un difuso sentimiento de estar protegidos por una línea defensiva inexpugnable, la mayoría de los franceses confiaba en la pacífica actitud de los países vecinos. Así pues, la línea Maginot, en vías de construcción, debía ser acabada. Símbolo del «hormigonado» de los planteamientos más defensivos, la línea Maginot fue la principal beneficiaria de los créditos a sistemas de defensa nacional. Los otros sectores armamentísticos sufrieron sin duda las consecuencias de ello, al perderse las esperanzas de llegar a un acuerdo general sobre el desarme, especialmente tras la retirada de Alemania de la Sociedad de Naciones en octubre de 1933¹⁵. En realidad, los equipos militares franceses estaban desfasados desde 1930. El país no contaba ya con un ejército acorde con su política. La crisis económica y la depresión pacifista debilitarían aún más la capacidad de respuesta de las fuerzas armadas en la primera mitad de la década. El material era obsoleto ya antes de entrar en servicio. Los sucesivos planes de movilización contemplaban una concentración estrictamente defensiva. No se creó un ministerio del Aire hasta 1933. La marina francesa, la cuarta del mundo a comienzos de 1936, estaba a punto de ser alcanzada por la italiana¹⁶. Tras una fuerte subida durante los años 1927-1931, los créditos se estancaron entre 1932 y 1936¹⁷. La producción armamentística alcanzó niveles ridículos en determinados

¹³ Jean-Pierre RIOUX, «Du pain, du sang, du rêve», *Les années trente*, París, 1990, pp. 65-85.

¹⁴ Maurice VAÏSSE, «Le pacifisme français des années trente», *Relations Internationales*, n.º 53, 1988, pp. 37-52.

¹⁵ Maurice VAÏSSE, *Sécurité d'abord, La politique française en matière de désarmement (1930-1934)*, París, 1981, 536 pp.

¹⁶ Jean DOISE et Maurice VAÏSSE, *Diplomatie et outil militaire 1871-1969*, París, pp. 275-332.

¹⁷ Robert FRANK, *Le prix du réarmement français 1935-1939*, París, 1980, pp. 22-38.

sectores. ¡En 1934 salieron de las fábricas tres carros de combate y 80 aviones!¹⁸

La decadencia individual y colectiva se convertía en impotencia. Y precisamente en este marco se inscribe la actitud francesa hacia la guerra civil española. Hace falta mucha ignorancia y hasta mala fe para olvidarlo. Los vínculos entre política interior y política exterior han sido, y siguen siendo, objeto de numerosos análisis, como recordaba René Girault en su contribución a la obra colectiva en honor de J. B. Duroselle¹⁹. En medio de una crisis económica o política gravísima, la capacidad de respuesta interna ante las amenazas externas se embotaba peligrosamente, como lo demuestra la débil protesta de los franceses, y no sólo del gobierno, ante la reocupación militar de la Renania cisrenana en marzo de 1936, un año después del triunfo del plebiscito del Sarre en favor de la Alemania hitleriana.

Para tratar de comprender la actitud francesa hacia España en julio de 1936, se imponen por tanto dos niveles de reflexión, el multilateral y el bilateral.

2. El «funesto aislamiento» de Francia

La decadencia de Francia sólo existe por comparación con los demás. La mayor crisis francesa de los años treinta fue sobre todo diplomática. En este sentido, J.-B. Duroselle ha demostrado claramente el funesto papel de las fuerzas subyacentes —el pacifismo, las maniobras comunistas y de la extrema derecha— y la incompetencia de la mayoría de los dirigentes franceses, tanto civiles como militares, de los años 1930-1936²⁰.

La esencia de las relaciones internacionales en el período comprendido entre las dos guerras consistía en la búsqueda de una gran utopía, tras el primer conflicto mundial, la Paz a través de la seguridad colectiva²¹.

¹⁸ Robert FRANK, «Le front populaire a-t-il perdu la guerre?», *L'Histoire*, n.º 58, pp. 58-66, reeditado en *Les années trente*, obra ya citada, pp. 95-111.

¹⁹ René GIRAULT, «L'Histoire des relations internationales peut-elle être une Histoire totale?», *Enjeux et puissances. Hommages à Jean-Baptiste Duroselle*, París, 1986, pp. 33-34

²⁰ J.-B. DUROSELLE, *La décadence...*, pp. 16-18.

²¹ Existen otras formas de «paz», como la de los imperios basados en la fuerza o la hegemonía —como por ejemplo la pax gallica, hispánica, británica, americana, germánica o soviética— que, en sus versiones más violentas, podría denominarse «paz de los cementerios». Del mismo modo, la paz de los bloques o de las superpotencias podría definirse como el equilibrio del terror o la amenaza de destrucción.

La Sociedad de Naciones debía ser el instrumento adecuado. El nuevo organismo, al no conseguir reunir a todos los estados-naciones del planeta y establecer unas reglas intangibles, dejó que se desarrollara una diplomacia multilateral salvaje, en la que la demostración de fuerza, basada en el revanchismo y la insatisfacción, prevalecía sobre la negociación consensuada²². Francia, impulsora del arcópagio supranacional hasta comienzos de los años treinta, habría de sufrir un doble fracaso en su política exterior. Con el fracaso de la seguridad colectiva y el fracaso de su propia seguridad, la situación resultaba cada vez más preocupante. El egoísmo volvía a estar vigente a comienzos de los años treinta²³.

En materia de defensa, Francia estaba desarrollando progresivamente una auténtica «red de impotencias», tanto de cara a la ocupación japonesa de Manchuria como al activismo alemán o italiano. Ante las reticencias belgas e inglesas a una respuesta cada vez más incierta, y el creciente aislacionismo de los Estados Unidos, ningún observador podía mostrarse optimista. La ineficacia de las alianzas centro-europeas y la falta de un verdadero pacto franco-ruso, a pesar del acuerdo de 1935, demostraba que Francia había entrado en una fase de funesto aislamiento.

Le decadencia de la política exterior francesa estaba ahí precisamente. El paso de la intransigencia de los años veinte a la resignación de los años treinta no podía ser más perjudicial. Francia había invertido las prioridades. De vencedor despiadado había pasado a ser vecino lastimoso de Alemania, Italia, Gran Bretaña, Bélgica y España...

Desde 1918, Francia deseaba protegerse de Alemania. La construcción de la línea Maginot, inconclusa en 1936, había relanzado la carrera hacia la desconfianza, a la que los dirigentes alemanes responderían con un rearme cada vez más abierto. Aunque relativamente conocido en Francia, dicho rearme fue visto en principio con escepticismo y luego brutalmente exagerado por los responsables civiles y militares.

A la remilitarización de Renania, en marzo de 1936, el gobierno Flandin respondió con una protesta mediocre, poco antes de aceptar el envío de un equipo a los juegos olímpicos de Berlín. Resulta difícil culpar sólo a los gobernantes de París²⁴. El país, con la excepción de algu-

²² Un ejemplo de negociación multilateral fuera de la Liga de las Naciones son las conferencias navales de Washington (1922) y Londres (1930).

²³ René GIRAULT y Robert FRANK, *Turbulente Europe et nouveaux mondes 1914-1941*, París, 1988, p. 184.

²⁴ Se verá aún más claramente en la multitudinaria acogida popular a Daladier, a su regreso de Munich, en septiembre de 1938.

nas personas y determinados sectores muy minoritarios, había dado el visto bueno a la respuesta moderada. No existía entonces ningún plan de represalia.

Las relaciones con la otra potencia activista del escenario europeo preocupaban a los responsables del Quai d'Orsay. Las iniciativas dirigidas a romper el pacto entre la Italia fascista y la Alemana nazi fueron permanentes, pero demasiado flojas y desordenadas. La firma de los acuerdos, en enero de 1935 en Roma, no dió ningún resultado convincente, y el estallido de la guerra de Etiopía puso punto final a la ambigüedad de las conversaciones. Este intento de proteger las rutas mediterráneas y hacer fracasar una posible alianza germano-italiana, a cambio de consentir la conquista de Abisinia, fracasó muy pronto.

Así mismo, el acuerdo firmado el 2 de mayo de 1935 entre Francia y la URSS no aportó ningún resultado. M. Duroselle ha demostrado que dicho acuerdo era tan enrevesado que resultó inoperante, por estar vinculado a un acuerdo previo de la Sociedad de Naciones. A pesar del cambio de táctica impulsado ese mismo año por los partidos comunistas occidentales para crear un frente antifascista, existía una desconfianza visceral hacia el comunismo por parte de numerosos dirigentes franceses y grandes sectores de la población. Las conversaciones militares se iniciaron sin resultados positivos.

En cuanto a los eventuales aliados, la situación no era mejor.

La *Entente Cordial* estaba a punto de morir (si no había muerto ya), al comienzo de los años treinta. Desde el fin de la guerra la incomprensión y los roces entre Francia y Gran Bretaña habían sido constantes. Más pragmático que el pacifismo francés, el espíritu inglés de apaciguamiento pretendía una política sin compromisos en Europa continental. Este pacifismo, que surgió fundamentalmente entre las clases trabajadoras, se había extendido a los conservadores. La paz civil quedaría así asegurada, y las relaciones con la recién creada Commonwealth saldrían fortalecidas. Sin el apoyo inglés o americano, Francia no tenía elección. Se encontraba demasiado acorralada por el mar, y necesitaba arrimarse a la política británica para evitar el aislamiento total.

Bélgica había sacado sus conclusiones de la pasividad franco-británica ante la ocupación de Renania por la Wehrmacht. En marzo de 1936, el gobierno de Bruselas decidió rápidamente la vuelta a la más estricta neutralidad, que quedaría confirmada en Octubre. Los peligros derivados del estado incompleto de la línea Maginot hasta el mar y la débil fortificación de la zona de las Ardenas fueron soslayados por el alto mando francés, que pensaba poder aguantar sin problemas en la frontera germano-belga en caso de invasión.

En cuanto al sistema de alianzas con los países de Europa central, la *Pequeña Entente*, se encontraba en 1936 a punto de venirse abajo. Solamente Checoslovaquia, el único país verdaderamente democrático de esta área geográfica, seguía siendo aparentemente fiel. Polonia, Rumanía y Yugoslavia habían emprendido ya sus virajes «revisionistas»²⁵.

Al inicio de 1936, Francia, abandonando ya la ilusión de la seguridad colectiva, no había logrado aún sustituirla por una red de alianzas eficaz. Volviéndose hacia Londres, el gobierno de París debía rearmarse costase lo que costase. La declaración de política exterior del gobierno de Blum, hecha el 23 de junio de 1936 en el Palacio-Bourbon, evocaba aún el «deseo de paz», la «seguridad colectiva» y la «limitación de los armamentos»²⁶.

En este contexto agobiante, ¿qué peso específico podía tener la España republicana?

3. Las mediocres relaciones bilaterales franco-españolas. El tango de los ciegos

La cuestión de la intervención o no intervención de Francia en la guerra civil española se planteó desde el anuncio de la sublevación militar. ¿Por qué y de qué forma Francia habría debido y podido implicarse en el conflicto? Para intervenir en los asuntos internos de un país extranjero, a petición de dicho país, parecen indispensables dos condiciones en el país cuya intervención ha sido solicitada: la capacidad y la voluntad. En ese momento faltaban las dos.

En julio de 1936, Francia y España tenían razones aparentes para mirarse con simpatía. La presencia simultánea en el poder, en Madrid y París, de los frentes populares podía hacérselo creer. ¿Podía engendrar esta concomitancia alguna complicidad democrática?

En la coyuntura anterior a julio de 1936, se pueden distinguir algunos elementos favorables al apoyo de la República española.

Los dos estados habían emprendido hacía ya varios años la búsqueda de una seguridad colectiva generalizada. Perceptible desde mucho antes de abril de 1931, la solidaridad diplomática franco-española se hizo efectiva en Ginebra. La adhesión en 1925 al pacto de Lucarno, que

²⁵ Sobre la situación exterior de Francia, J.-B. DUROSELLE, *La décadence...*, pp. 29-179, así como R. GIRAULT y R. FRANK, *Turbulente Europe et nouveaux mondes 1914-1941*, pp. 163-209.

²⁶ J.-B. DUROSELLE, *La décadence...*, pp. 291-292.

garantizaba las fronteras europeas, parecía bien real en las dos capitales. La constitución española de diciembre de 1931 integraba, en varios de sus artículos, la búsqueda de la paz como base del nuevo régimen, hecho seguramente único en los anales²⁷. La doble función de Salvador de Madariaga, a la vez delegado español ante la Sociedad de Naciones y embajador ante el gobierno francés, ponía de manifiesto este pacto, que debía sellar un acuerdo sobre el desarme. Sin embargo, ningún acuerdo bilateral sancionó esta convergencia de criterios en el ámbito multilateral²⁸.

Desde principios del siglo, otro tipo de solidaridad unía a los dos países en el norte de África: la obra marroquí²⁹. El mantenimiento de las comunicaciones marítimas y coloniales a través del mediterráneo occidental hacia el Magreb y el Atlántico, unido al viejo problema de las Baleares, era fundamental para la República francesa. La idea de asegurar el *statu quo* por medio de un Locarno mediterráneo, en gestación desde 1932, fue evocada en diversas ocasiones en los dos años siguientes, y posteriormente abandonada³⁰.

Todos estos factores no eran sino apariencias engañosas.

En el ámbito financiero, la joven República española había recibido apoyo del Banco de Francia desde la primavera de 1931, sin que la depreciación de la peseta pudiese ser frenada³¹. En el ámbito comercial, se firmaron diversos acuerdos el 21 de diciembre de 1935, es decir antes de la victoria de los frentes populares. En un protocolo anexo, se preveía una línea de crédito por valor de 20 millones de francos para la compra de armas³². La caída de los intereses económicos franceses en España, no como antes de 1914³³. Así mismo, la decadencia del comer-

²⁷ María de los Angeles EGIDO LEÓN, *La concepción de la Política Exterior Española durante la 2.ª República*, Madrid, 1987, pp. 60-64, y FRANCISCO QUINTANA NAVARRO, *España en Europa 1931-1936. Del compromiso por la paz a la huida de la guerra*, Madrid, 1993, pp. 31-37.

²⁸ F. QUINTANA NAVARRO, *España en Europa*, analiza de forma detallada, y en varias ocasiones, las relaciones franco-españolas a través de la seguridad colectiva.

²⁹ En agosto de 1932, HERRIOT hablaba de «confianza amistosa, refiriéndose a la solidaridad de los dos países en su obra africana», *Documents Diplomatiques Français 1932-1935*, tomo I (1932), doc. n.º 105.

³⁰ *Ibidem*, tomo I (1932), doc. n.º 311, y tomo IV (1933), doc. n.ºs 32, 67, 87, 109, 124, y tomo VI (1934), doc. n.º 371, 378.

³¹ Pablo MARTÍN ACEÑA, *Política monetaria en España 1919-1935*, Madrid, 1984, pp. 234-259 y 288-306.

³² Angel VIÑAS et al., *Política comercial exterior en España (1931-1975)*, tomo 1, 1985, pp. 110-112.

³³ Hugh THOMAS, *La guerre d'Espagne*, París, 1985, p. 262.

cio franco-español entre 1931 y 1935 fue pasmosa, a la medida de la crisis general del comercio internacional. A mediados de los años treinta, Francia había dejado de ser el cuarto proveedor y tercer cliente de España, por detrás de los Estados Unidos y Alemania³⁴. A excepción de algunos productos raros, el mercado español había perdido ya interés.

La solidaridad activa bilateral fue escasa, si no nula. De 1926 a 1936 no se firmó ningún acuerdo político importante entre Francia y España. Esta década «blanda» se alimentó únicamente de buenas palabras y de la ilusión de la seguridad colectiva. En julio de 1936, como señalaba con acierto Ramón Tamames, no existía ningún acuerdo de asistencia entre Francia y España³⁵.

La cuestión de la alianza o *entente* entre los dos países era una vieja historia. Planteada desde 1898-1899 frente a los países anglosajones y germánicos, solo permitió un acercamiento pasajero, un pacto de circunstancias condicionado fundamentalmente por la colaboración marroquí y sahariana. La pacificación de 1934 puso fin a la solidaridad imperial del primer cuarto de siglo. La presencia inglesa (Gibraltar-Tánger) y el activismo italiano (Tánger) seguían siendo una amenaza. La política de confirmación de la presencia española, la ocupación del Ifni en 1934, y la política de buscar pequeñas ventajas en Tánger en 1935 —fue mal tolerada por las autoridades francesas, inquietas por las primeras manifestaciones de un nacionalismo marroquí activo desde la zona española y por la no ocupación de Ifni durante muchos años³⁶. En julio de 1936, el presidente Azaña hacía saber al representante francés que al gobierno español le complacería que Francia devolviese a su país los territorios marroquíes al norte de Taza, ocupados por los franceses desde la guerra del Rif³⁷. Las relaciones imperiales seguían siendo muy torpes.

A pesar de esta colaboración colonial, la atención de Francia hacia España estuvo siempre marcada por una relativa indiferencia, que el neutralismo pasivo y posteriormente activo de la política española no hizo más que reforzar. Esta no alineación de España, un «aislamiento sórdido» deseado y en parte rentable, se apoyaba en las delicias de la periferia geográfica y el valor estratégico. En 1914, un artículo del con-

³⁴ *Ibidem*, p. 263. Alfred SAUVY, *Histoire économique de la France entre les deux guerres*, vol. III, París, 1984, p. 342.

³⁵ Ramón TAMAMES, *La República. La era de Franco*, Madrid, 1973, p. 197, citado por M. A. EGIDO LEÓN, *La concepción...*, p. 148.

³⁶ *Documents Diplomatiques Français 1932-1935*, tomo I (1932), doc. n.º 105.

³⁷ *Ibidem*, 1936-1939, tomo III (1936), doc. n.º 423.

de de Romanones denunciaba «las neutralidades que matan». La crítica del antiguo presidente del Consejo de la monarquía alfonsina era en aquel momento interesada y aislada, pero tenía valor como reflexión sobre las principales tendencias de la política exterior española³⁸. Diez años después, el antiguo archivero del Ministerio del Estado denunciaría igualmente las principales causas de la esterilidad de la acción exterior de su país³⁹.

Durante los años 1931-1936 las cosas no cambiaron. ¿Podía la solidaridad ideológica —democrática— consolidar la unión entre los dos estados? El viaje a España efectuado por Edouard Herriot, presidente del Consejo y ministro de Asuntos Exteriores, del 30 de noviembre al 3 de diciembre de 1932, no logró ningún cambio a este respecto. Paco Quintana Navarro y María de los Angeles Egido León han demostrado claramente su fracaso, a pesar de los rumores difundidos en vano por la prensa española e internacional. Herriot vino a sondear al gobierno de Madrid sobre su posible apoyo a una política de defensa occidental. Las conversaciones mantenidas entre los dirigentes de las diplomacias francesa y española fueron una sucesión de respuestas evasivas por parte de los interlocutores españoles. Durante la visita del estadista francés, la actitud dilatoria de los presidentes de la República y del Consejo, Alcalá Zamora y Azaña, hizo fracasar cualquier acuerdo, incluso de principios, sobre la solidaridad bilateral frente a las amenazas alemanas e italianas. Se contentaron con firmar algunos acuerdos técnicos menores. La prensa extremista española de derechas e izquierdas fue muy agresiva con el visitante⁴⁰.

Ninguna otra visita al más alto nivel, ni siquiera protocolaria, consiguió ilustrar esta solidaridad republicana, de abril de 1931 a julio

³⁸ *El Diario Universal*, Madrid, 19 de agosto de 1914. Sobre la neutralidad española de 1914-1918, J.-M. DELAUNAY, *Cordiale méfiance. Les relations franco-espagnoles de 1898 à 1923*, tesis de Estado en vías de conclusión, Universidad de París-I (dir. J.-B. DUROSELLE).

³⁹ Jerónimo BECKER, *Las causas de la esterilidad de la acción exterior de España*, Madrid, 1925.

⁴⁰ F. QUINTANA NAVARRO, *España en Europa*, pp. 132-143, y M. A. EGIDO LEÓN, *La concepción...*, pp. 133-155. *Les Documents Diplomatiques Français 1932-1935*, tomo II (1932-1933), sólo hacen una alusión breve e indirecta al viaje de Herriot, primer presidente del Consejo que viajaba al sur de los Pirineos desde Maurice Rouvier, acompañante del Presidente de la República, Loubet... en 1905. En 1913, Louis Barthou, presidente del Consejo, viajaba a San Sebastián para inaugurar las escuelas francesas. En 1905 y 1913, los presidentes de la República francesa, Loubet y Poincaré respectivamente, eran recibidos oficialmente en Madrid. En 1928, Gaston Doumergue inauguraba, en compañía del rey, el ferrocarril transpirenaico en Canfranc.

de 1936⁴¹. La cuestión de la afinidad ideológica se plantea naturalmente en el campo de las relaciones internacionales. Un régimen ya sea democrático o totalitario, ¿se buscaría de forma espontánea unos aliados ideológicos? Existen abundantes ejemplos que desmienten esta tendencia automática. La relación de fuerza parece constituir la base de las relaciones interestatales, mientras que la ideología es sólo el caparazón externo. ¿Cómo explicar la hostilidad de la Italia de Mussolini hacia la Alemania de Hitler, cuando la primera tentativa de Anschluss de 1934? ¿Cómo se entiende por otro lado la alianza franco-rusa de 1893-1894 o la mediocridad de las relaciones entre Francia y Portugal desde 1910? La ideología no puede tenerse en cuenta, a no ser que se haya acabado con la oposición interna. En el caso franco-español de los años treinta, la oposición hostil a un acuerdo fue la norma, mucho antes de desencadenarse la guerra civil. Las relaciones se fortalecieron con el acceso al poder de los sucesivos frentes populares. Los «derrotados» en estas elecciones veían con recelo cualquier solidaridad con otro frente popular «infestado de rojos». Numerosos electores y amplios sectores políticos y económicos franceses mostraban una actitud de condena hacia el «mal ejemplo» español.

La reacción del gobierno español, contrario a la ocupación militar de Renania, se diluiría en el debate posterior en la Sociedad de Naciones. La diplomacia de Madrid aún creía en una solución pacífica del asunto⁴². Algunas semanas después, el embajador de Francia señalaba la incertidumbre reinante en el Palacio de Santa Cruz sobre la postura de España en caso de conflicto europeo grave. El gobierno no podía correr el riesgo de ponerse al descubierto si Francia e Inglaterra debían encontrarse en campos contrarios. La neutralidad sería inevitable, sobre todo si Portugal, como se temía en 1934, se comportaba de forma poco amistosa, apoyando a los monárquicos y a la extrema derecha.

Diversas concepciones de la política exterior se habían enfrentado y sucedido al sur de los Pirineos, como lo ha demostrado María de los Angeles Egido León. El neutralismo positivo de la izquierda democrá-

⁴¹ Al igual que el rey de Italia, que iba todos los años a la exposición de artistas de la Villa Medici (Académie de France) en Roma, Alcalá Zamora en 1935 y Azaña al año siguiente visitaron la Casa de Velázquez, en la ciudad universitaria de Madrid, donde exponían otros artistas franceses y españoles. J.-M. DELAUNAY, *Des palais en Espagne. L'Ecole des Hautes Etudes Hispaniques et la Casa de Velázquez au coeur des relations franco-espagnoles du xx^e siècle (1898-1979)*, Madrid, 1994.

⁴² *Documents Diplomatiques Français 1936-1939*, tomo I (1936), doc. n.ºs 355, 362, 369, 404 y 406.

tica se oponía al neutralismo integral de la derecha moderada. Las opciones extremas, no aplicadas por falta de acceso al poder, pesaban sin embargo en el debate. La guerra civil no solamente se estaba germinando en los asuntos internos del país, sino también en la lucha de tendencias en la percepción de los asuntos exteriores. El resultado no podía ser otro que la neutralidad, que, en principio, había de preservar al país de cualquier enfrentamiento inútil... Al norte de los Pirineos, el abanico era menos amplio, pero el poderoso viejo estatuto había marginado, si no eliminado, las opciones extremistas.

Sin embargo, se imponía una palabra clave a ambos lados de la cadena montañosa: la prudencia. Se sumaba a ello la previsión de un mañana poco halagüeño. Si el golpe de Estado de 1936 en España hubiese triunfado sin largos combates, el régimen de Franco, poco experimentado, habría obligado a Francia a luchar en tres frentes. ¿Habría cambiado por ello la suerte de Francia? Paradójicamente, los republicanos dieron tres años de plazo a la República francesa, que no supo reaccionar contra sí misma.

¿Cómo ocuparse de la existencia y supervivencia de los demás, cuando la de uno mismo está seriamente amenazada? El fin de la guerra civil española no mató a España, sino a Francia. Al abandonar a Checoslovaquia en 1938, en Munich, Francia traicionaba a un país aliado. Al no socorrer a la República española, Francia se traicionaba a sí misma. Las relaciones bilaterales fueron laminadas entre política interior y política multilateral.

¿Abandonó la III República francesa a la República española? ¿No se había abandonado Francia a sí misma antes de julio de 1936?